

DE LA FRANCIA ESPAÑOLA A LAS ESPAÑAS FRANCESAS

Juan Carlos MORENO ROMO*

Abstract

The Ibero-American independences, as we know, are often interpreted as the effect of imitation of Anglo-American and French revolutions. We ignore that our culture was, in the time immediately preceding, the model of its rivals. The naive bicentennial celebration involves an ignorance of the past, completed with an ignorance of the present. We write against that.

Key words: *Modern State, Enlightenment, Hispanicity.*

Resumen

Las Independencias iberoamericanas, lo sabemos, suelen ser interpretadas como el efecto de la imitación de las revoluciones francesa y angloamericana. Se ignora que nuestra cultura fue, en el tiempo inmediatamente anterior, el modelo de sus rivales. La celebración ingenua del Bicentenario implica una ignorancia del pasado, al mismo tiempo que una ignorancia del presente, que en estas breves reflexiones vamos a combatir.

Palabras clave: *Estado moderno, Ilustración, hispanidad.*

Proemio: ¿200 años de qué?

Eso de lo que se supone que a partir de este año del 2010 es hora ya de celebrar el Bicentenario, lo mismo en México que en otros países de nuestra América, acaso sea algo que, a fuerza de tenerlo tan presente (en los medios

* Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, 16 de Septiembre núm. 57, Centro, Santiago de Querétaro, Qro., México, C.P. 76000, correo electrónico: juancarlosmorenoromo@gmail.com

de comunicación masiva, en el discurso oficial, en el debate de los intelectuales e incluso en la academia), no lo alcancemos a ver como se debe.

“¿200 años de qué?”, cabría de entrada que nos preguntáramos en un sano ejercicio de escepticismo filosófico que nos apartara de ese remedo de evidencia que nos imponen, o nos tratan de imponer a todos la propaganda y la historia oficial.

“De Independencia”, dicen. Y lo dicen así: con mayúsculas, y a veces hasta agregan que “de libertad”. Y nosotros naturalmente no les creemos. No les podemos, y no les debemos creer. Los académicos, porque por poco que estemos al corriente de los más recientes acontecimientos que han marcado a nuestras respectivas disciplinas sabremos que la “Historia” escrita con mayúsculas, y sus diversos avatares, locales, o nacionales (cada uno de nuestros diversos Estados en tanto que ídolo), se han quedado estos últimos tiempos harto mal parados, y en un muy mal lugar. Y los hispanos todos en general no les creemos porque por fortuna somos un pueblo, o una civilización que —Alfonso Reyes lo subrayaba con respecto a los mexicanos— sabe en efecto dudar (alta virtud política), en especial de lo que nos dicen (y más si nos lo dicen con tanta insistencia) los poderes de turno.¹

Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno y Jorge Luis Borges, por ejemplo, veían también por su parte reflejada esa verdadera independencia nuestra en el muy significativo pasaje en el que, hombre que les habla a otros hombres, sin creerse el cuento ese de la “justicia” del Estado (ese formidable molino de viento al que denuncia, en su calidad de ídolo feroz, la mayúscula insoslayable de su nombre), y en nombre, más bien, de la humana prudencia, don Quijote intercede por los galeotes ante los guardias que, por ordenarlo un juez, los llevan encadenados a donde, si la orden judicial se cumple, se les explotará hasta el límite de sus fuerzas:

Parece duro caso —se lee ahí— hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas —añadió don Quijote—, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello.²

¹ Cfr. Reyes, Alfonso, “Reflexiones sobre el mexicano”, en *Obras completas IX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, pp. 421-424.

² Cfr. Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (capítulo XXII de la Primera parte), pp. 508-509 en *idem, Obras completas I*, Cátedra, Madrid, 2003. Y véase también: Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Espasa-Calpe, Ma-

Tal es el baluarte de nuestra sabiduría —que no “filosofía”— política común, y ahí están, para mantenerlo y transmitirlo, nuestros refranes populares y nuestras más altas letras, lo mismo que nuestros romances, nuestros tangos y nuestros corridos, verdadero “patrimonio intangible” de la humanidad que sirve (siempre y cuando no incurramos, tampoco, en la fatal reincidencia de ponerle a esa señora una horrenda y a final de cuentas inhumana “H” mayúscula) para ampararnos del más terrible mal de nuestro tiempo: el totalitarismo del Estado —ese innecesario cáncer de nuestro “mal necesario”— que no ha dejado, no nos engañemos, de extender su sombra por el mundo todo, ni de afilar sus dientes y sus garras.³

El Progreso, cuyo bicentenario se supone que debemos celebrar (¿o no es de eso de lo que se trata al fin y al cabo?), no es sencillamente un verdadero y uniforme progreso. Y en algunos aspectos, por desgracia —hay que decirlo—, es un progreso del mal. Si el “Antiguo Régimen” quedó para siempre superado, y desprestigiado, ¿qué hay, ahora, y después de la amarga experiencia que todos sabemos (después del Terror y sus innumerables “réplicas”; y después de Auschwitz, Hiroshima y el Gulag), de aquello que lo “superó”?

Hoy en día, por ejemplo, nuestros gobiernos presumen los notables progresos que se están llevando a cabo, nos dicen, en materia de “seguridad”. En los documentos de identidad, por ejemplo, con la elaboración de pasaportes, y aún de simples credenciales —o carnets, como en algunas partes se dice— *infalsificables*. En Francia se habla de ficheros con el ADN, y en México se habla ahora del registro sistemático del iris de las nuevas generaciones (acaso previniendo que los viejos no nos queramos doblegar). Los funcionarios explican que de ese modo será imposible que se lleve a cabo el tráfico de niños, y así las madres podrán sentirse naturalmente más protegidas, y más seguras. Un poco como esas familias de clase alta y de clase media-alta que viven en guetos urbanos vigilados se sienten en seguridad, cuidados por los guardas que ellos mismos pagan, hasta que llega el día en

drid, 1938, pp. 72-73; Ángel Ganivet, *Idearium español (Obras completas, vol. 1)*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1942, pp. 64 y ss.; y Jorge Luis Borges, “Nuestro pobre individualismo”, en *Otras Inquisiciones*, en el volumen II de sus *Obras completas*, Emecé, Barcelona, 1989, pp. 36 y 37. Y véase asimismo, de Borges, la “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”, en *El Aleph*, en el primer tomo de la citada edición de sus *Obras completas*, pp. 561 y ss.

³ Cfr. Lacoue-Labarthe, Philippe y Jean-Luc Nancy, *El mito nazi*, traducción y epílogo de Juan Carlos Moreno Romo, Anthropos, Barcelona, 2002; y ahora también Georges Bensoussan, *¿Auschwitz por herencia? Sobre un buen uso de la memoria*, Anthropos, Barcelona, 2010.

que hay quien le pague, o quien le prometa más a quien tanto sabe y tanto puede sobre ellos, pues *los vigila*. “¿Y si volviera Hitler —se pregunta algún anciano europeo—, cómo harían ahora los que fuesen perseguidos para evadir la inexorable maquinaria de la exterminación?”

A la par del Mercado (que se escribe con mayúsculas también), el Estado “liberal” extiende, él también, y lo hace cada vez con mayor fuerza y eficacia, sus tentáculos *totalitarios*, y nos deja en efecto cada vez menos espacio para que por encima del de un burócrata y un... digamos “administrado” (esa nefasta relación, cada vez más extendida, que es la que en el siglo pasado se prestó a la banalización del mal), se dé el encuentro, noble y humano —y hasta quijotesco o heroico, si falta hiciere—, entre dos personas libres, y responsables —de lo que se revela (Levinas) en el rostro del otro— ante otra cosa u otra instancia que el Estado solo.

A mayor cultura —escribe en el infierno que fue Auschwitz, a escondidas de sus guardas implacables, el Sonderkommando Salmen Gradowski—, más criminalidad; cuanta más civilización, mayor es la barbarie; a mayor desarrollo alcanzado, más dañinos son sus actos.⁴

Y así, mientras el verdadero apremio en nuestros días es más bien el de pensar entre todos la manera de resistir frente al progreso de tan formidable amenaza, en nuestras naciones anacrónicas lo que estamos festejando es justamente el advenimiento del Estado moderno que, se da por descontado, es un progreso con respecto al orden político anterior, en el que se tiene el cinismo de afirmar que los hombres eran, desde luego, menos libres que nosotros.

¿Quién incurrió, por cierto, en mayores crímenes contra la propia población, y contra la población indígena en primer lugar, el imperio español o nuestros modernos Estados bicentenarios? La ideología dominante podría, bien sacadas las cuentas, no quedar muy bien parada luego de semejante comparación.

Insistimos: si progreso hay, éste no es unívoco, ni lineal. Las piedras silenciosas de nuestras ciudades mal llamadas “coloniales” —esas piedras labradas en las que tanto significado encontraba Vasconcelos— nos lo dicen a diario, con toda serenidad. Así como Tula es posterior a Teotihuacán, y le es arquitecturalmente inferior, así pasa en la relación, por ejemplo, entre la

⁴ Cfr. Gradowski, Zalmen, en *El corazón del infierno. Documento escrito por un Sonderkommando de Auschwitz-1944*, Anthropos, Barcelona, 2008, p. 8.

Nueva España y el México moderno: que pese a la incipiente y harto desordenada modernización, en la que participamos como traspatio o “clientes” de otras naciones (piense el lector en las carreteras de Salinas, o del Tratado de Libre Comercio, o en el World Trade Center y la Torre Mayor que reemplazan, como símbolos de la Modernidad y del Progreso, en la otrora “Ciudad de los Palacios”, a la avejentadísima Torre Latinoamericana), en el orden de lo que desde entonces hemos podido construir no hemos logrado ponernos a la altura de lo que otrora fuera esa realidad histórica, la Nueva España, cuya supuesta muerte ahora festejamos como quien festeja la desaparición de un gran mal.

De regreso de la Quebrada de Humahuaca a la antigua ciudad de Salta, que fue “tan hermosa en otro tiempo”, Ernesto Sábato deplora el encontrarla, en nuestros archimodernos días, “casi irreconocible, plagada de letreros y de edificios modernos que han roto la belleza de sus calles coloniales”.⁵ ¿Qué diría el entrañable escritor argentino de ese interminable mar de mugre y de fealdad que es ahora, a pesar de todos sus magníficos palacios, y a pesar de lo grandioso de su entorno natural, la gran ciudad de México (otro- ra la más alta gloria de este continente, y hoy su ruina más lamentable)?

Habrán quienes defiendan, de la ciudad más grande de América, por ejemplo el Paseo de la Reforma, o el Museo Nacional de Antropología, o su “vida nocturna”... Yo me quedo con la observación que hacía, gratuitamente sorprendido, un artista plástico colombiano que venía de Nueva York: con la persistencia, que Unamuno diría acaso intrahistórica, del amable trato humano que en ella resiste a la formidable maquinaria de la deshumanización. —Aunque eso también lo hemos podido constatar hace poco en Seúl, que para sus dimensiones es una ciudad sorprendentemente ordenada, y limpia. ¿Por qué esto último es posible allá, y acá no?

A través de mis cavilaciones —escribe Ernesto Sábato—, me detengo a mirar a un chiquillo de tres o cuatro años que juega bajo el cuidado de su madre, como si debajo de un mundo reseca- do por la competencia y el individualismo, donde ya casi no queda lugar para los sentimientos ni [para] el diálogo entre los hombres, subsistieran, como antiguas ruinas, los restos de un tiempo más humano.⁶

Jean-Luc Nancy se detuvo, en su librito *La ville au loin*, que es una especie de himno a la ciudad de Los Ángeles como modelo de la ciudad mo-

⁵ Cfr. Sábato, Ernesto, *La resistencia*, Seix Barral/La Nación, Buenos Aires, 2006, p. 43.

⁶ Cfr. Sábato, *op. cit.*, p. 44.

derna (que “rebas a la ciudad” y que, en su opinión, y en su sentir, abre “hasta el estallido” los espacios que en la ciudad antigua, y en esos cascos históricos que ahora, la ciudad que los tiene, se ofrece ella misma “en espectáculo”, acaso estaban demasiado cerrados), el filósofo del tacto y del horizonte que se va abriendo a su paso se detiene ante el no-lugar del *bidonville*, esa “panza”, ese “cinturón de miseria”, esa “excrecencia cancerosa” de la ciudad que es el más claro ejemplo urbanístico (aunque desde luego no el único) del mal desarrollo, porque piensa que en ellos no es posible que haya verdadera *habitación* humana.⁷

¿200 años de qué?, entonces. ¿Y por qué han de ser sólo, o especialmente 200? Nosotros “no tenemos un pasado”, y si lo tenemos, “hemos escupido sobre sus restos”, constataba Octavio Paz en su “Postdata” a *El laberinto de la soledad*,⁸ no obstante su fundamental afinidad ideológica con el liberalismo, que fue la ideología triunfante, primero en la destrucción del imperio español, y después en la construcción de ese México moderno y amnésico o marcionista en el que seguimos exiliados y perdidos como en un laberinto, al menos en lo que se refiere a la conciencia de lo que somos como pueblo o nación, o como unidad política y proyecto histórico.

El liberalismo —escribe Paz en “El espejo indiscreto”— fue infecundo y no produjo nada comparable a las creaciones precolombinas o a las de la Nueva España: ni pirámides ni conventos, ni mitos cosmogónicos ni poemas de sor Juana Inés de la Cruz.⁹

Y en un texto dedicado al liberal mexicano Daniel Cosío Villegas, y a propósito más bien de las ideas de Vasconcelos, agrega:

Desde esta perspectiva, la historia moderna de nuestro país, de la Independencia a la Revolución, es la de una caída, en todos los sentidos de la palabra y sobre todo en el teleológico.¹⁰

Y precisamente se podría responder a la pregunta que hace de hilo conductor de este breve preámbulo que lo que con todo rigor conmemoramos

⁷ Cfr. Nancy, Jean-Luc, *La ville au loin*, Mille et une nuits, París, 1999, p. 29 y también mi estudio “El horizonte a lo lejos (con, a propósito y a través de la obra de Jean-Luc Nancy)”, en *Revista Anthropos* núm. 205, octubre-diciembre del 2004, pp. 116-126.

⁸ Cfr. Paz, Octavio, *Obras completas 8: El peregrino en su patria. Historia y política de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 270.

⁹ Cfr. *op. cit.*, p. 431.

¹⁰ Cfr. *op. cit.*, p. 357.

son los 200 años, no de México, pongamos por caso, ni de eso que decimos cuando decimos “nosotros los mexicanos” (o “nosotros los argentinos”, “nosotros los venezolanos”...), sino de nuestra “constitución” o nuestra organización política como “Estado-Nación” (“al grito de guerra” y *a la fuerza*, desde luego, y mediante la *imposición*, llevada a cabo a sangre y fuego por unos cuantos vencedores, de su propia Historia, con o sin mayúsculas).

Lo cual, además de a lo que ya apuntábamos del lado de la tentación totalitaria, por el otro lado nos tendría que llevar también, inevitablemente, a tomar nota de las distintas voces que, a nivel mundial, señalan que ha llegado justamente el fin de esa que fue la gran propuesta política de la Modernidad: el Estado-Nación. ¿Qué queda, por ejemplo, de la famosa “soberanía” del pueblo, cuando quienes mandan en Latinoamérica, lo mismo que en Asia o en Europa, son ante todo esos “organismos internacionales” que responden, no desde luego de nuestros intereses soberanos, supuestamente bien representados en el juego democrático (que por eso nos distrae y juega a ocuparse y a ocuparnos de otras cosas, como de la laicidad en la Francia de 1905, para que no se notara su sensible rezago social), sino de los del capitalismo financiero?

¿200 años de qué, entonces? Por un lado de determinada dependencia económica y política, desde luego, y de la amnesia concomitante, y de los grotescos mitos y de los no menos grotescos ídolos que la encubren. Y por el otro, y sobre todo, de eso que a todas luces parece que urge entonces arraigar en su pasado más rico y más denso, y más cercano al mismo tiempo que más lejano. 200 años de errores “oficiales” con respecto a lo que somos nosotros mismos.

Y en lo que al proyecto histórico y político se refiere, en muy pocas palabras, 200 años de eso que urge renovar, desde su flanco “moderno” (acaso “arraigándolo”, precisamente), porque ya se ha vuelto inoperante y obsoleto. 200 años de una estructura política que a estas alturas es del todo evidente que no nos deja, ni nos dejará nunca participar a todos en la verdaderamente libre elección de nuestros destinos.

La France Espagnole

Sin perder de vista eso que Alfonso Reyes, Octavio Paz, Augusto Salazar Bondy y tantos otros de nuestros pensadores lamentaban el pasado siglo (y Sarmiento y los demás en el antepasado), a propósito de nuestra margi-

nalidad, y de nuestro siempre estar atrasados y siempre llegar tarde a todo,¹¹ conviene acaso que empecemos por recordar, antes de plantearnos justamente el problema de nuestra muy ambigua relación con la civilización moderna o de las Luces, a la que ni siquiera está del todo claro que pertenezcamos, que hubo un tiempo en el que nuestra cultura le marcó la ruta a todas las demás culturas de la Cristiandad occidental, o, si así se lo prefiere, de ese Occidente Moderno que nacía entonces, apenas, de la crisis de la misma, y del que en general ahora también se nos excluye.

El sol no se ponía sobre nuestro vasto mundo, que era más grande aún que el del antiguo Imperio Romano, y desde luego mucho más de lo que el Sacro Imperio Romano Germánico lo había sido nunca. Lutero (ese ayatola que no sin cierta razón algunos pensadores árabes contemporáneos les reprochan a sus censores europeos, que se impacientan porque sus Luces no iluminan de una buena vez al para su gusto hartado mundo musulmán), desde su entonces amarga y casi casi protolatinoamericanista periferia se quejaba en 1520, el reformador alemán, de que de Imperio ellos tenían tan sólo el nombre,¹² y lo hacía justo cuando, habiéndole ganado la partida a Francisco I de Francia, Carlos I de España ponía por la primera vez, bajo la corona imperial —la del Carlos V que era de Alemania— un verdadero poderío a la altura, acaso, de ese hartado pretencioso título.

Y en efecto, si Constantinopla había caído, al otro lado de Europa, en 1453, en ese mismísimo año de 1520 la gran Tenochtitlán —otra Constantinopla, según la comparación hecha por el propio Hernán Cortés en sus *Cartas de relación*— era asediada por los españoles y por sus aliados indígenas, quienes acabarían por integrarla —el 13 de agosto de 1521, con la rendición de Cuauhtémoc— a la corona de Castilla.

Las dos magníficas ciudades de México y de Lima, y los vastos territorios de los que serían las orgullosas capitales, compensarían muy pronto, para la Cristiandad, la dolorosa pérdida de la segunda Roma. Y en efecto, para algunos poetas franceses del tiempo del relevo —Para Desmarets de Saint-Sorlin, y para el propio Corneille—, la España que Francia se apresuraba a rebasar ya, en el Gran Siglo que habría de suceder al Siglo de Oro (“Un grand destin commence, un grand destin s’achève, / L’Empire est prêt à choir et la France s’élève”), aquella vieja España era nada menos que la

¹¹ *Cfr.* Reyes, Alfonso, *Obras completas XI*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, pp. 82-83.

¹² *Cfr.* Lutero, Martín, *Escritos reformistas de 1520*, Cien del Mundo, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, p. 103.

nueva Roma, antes entonces que Moscú (“Appuyez donc la France et laissez tomber Rome”).¹³

Señor, en el curso que toman las cosas,
 los grandes discursos sobran,
 sólo hacen falta los ojos, y para descubrirlo todo,
 para decidir con respecto de todo sólo los tiene que abrir.
 Un gran destino comienza, un gran destino se acaba,
 el Imperio está a punto de caer, y Francia se levanta [...].
 Apoyar a un Estado roto y vacilante,
 es buscar ser aplastado por su caída.
 Apoye a Francia entonces, y abandone a Roma [...].

Acaso quepa recordar también que, sin el apoyo de esa Francia que en la imaginación de Corneille se hacía la aliada nada menos que de Atila el Huno (los versos recién citados —en traducción libre— son del primer acto de la tragedia *Atila*, de 1667), en la gloriosa batalla en la que el manco de Lepanto perdió el brazo, en 1571, los Estados Pontificios, Génova y Venecia, y sobre todo la España de Cervantes y de Juan de Austria, el medio hermano de Felipe II, le ponían un importante freno a la amenaza que los turcos representaban en el Mediterráneo, y por ende en toda la Cristiandad.

Pascal Buresi piensa que, a pesar de su celebridad, esa victoria no tuvo una verdadera importancia en la medida en la que los turcos rehicieron su flota y se apoderaron de Chipre y de Túnez.¹⁴ Charles Leselbaum subraya, empero, que en Lepanto la Santa Liga acabó, sobre todo, con el mito de que los turcos eran invencibles:

No obstante el desprecio de Voltaire por esa victoria —argumenta—, nos podemos preguntar cuál habría sido la suerte de la cristiandad si la fortuna de las armas hubiese cambiado de campo.¹⁵

Y así, mientras el nuevo gran destino se preparaba, y preparaba su propia interpretación de la historia (para imponerla, desde luego, cuando ven-

¹³ Cfr. Corneille, Pierre, *Euvres complètes*, Gallimard (la Pléiade), París, 1987, tomo III, p. 647; citado por Jean-Frédéric Schaub en *La France espagnole. Les racines hispaniques de l'absolutisme français*, Seuil, París, 2003, p. 9.

¹⁴ Cfr. Pascal Buresi, “Bataille de Lépante”, en la edición 2009 de la *Encyclopédie Universalis*.

¹⁵ Cfr. Charles Leselbaum, “Lépante (Bataille de)”, en la edición 2009 de la *Encyclopédie Universalis*.

ciera, aprovechándose por cierto de que eran otros quienes se enfrentaban al turco y a las nuevas potencias protestantes en Inglaterra, Holanda y Alemania), en la mismísima corte francesa, e incluso en la de Luis XIII, el padre del que luego se haría llamar el “Rey Sol”, y entonces también en el entorno de ese gran hombre de Estado que fuera el cardenal Richelieu, se hablaba y se estudiaba, y se imitaba nuestra lengua, que era la puerta, y el mejor instrumento para mejor seguir nuestro ejemplo, y alcanzarnos, y ganarnos en la tenaz y aguerrida, y también muchas veces mortal carrera.

Durante todo el siglo XVI y durante una buena parte del XVII —escribe Jean-Frédéric Schaub en su libro *La France espagnole*—, España hizo valer su superioridad militar y diplomática, su ortodoxia y su militantismo católicos, y su potencia creadora, a través de toda la cristiandad. El reino de Francia, al igual que la mayor parte de los países de Europa occidental, padeció y recibió los efectos de esa preponderancia. Pero el impacto directo del triunfo hispánico —subraya— fue particularmente vivo en el espacio francés.¹⁶

Las letras francesas son deudoras de las españolas, ya se sabe (aunque, con demasiada frecuencia, “se olvida”).

Casi todos los académicos con los que el cardenal Richelieu compuso la Academia Francesa —señalaba a finales ya del siglo XVIII el ilustrado francés Jean-Pierre Claris de Florian— sabían el español, y traducían o imitaban a los autores de esa nación. Todas las novelas, todas las comedias de ese tiempo —escribe—, pintaban las costumbres de España.¹⁷

El propio Corneille, por ejemplo, si en pleno siglo XVII anunciaba ya el relevo, él mismo se ponía mientras tanto a la escuela del gran teatro español, e incluso del mexicano, ocupándose de la historia del Cid y copiando, en *Le menteur*, nada menos que *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón, por sólo dar estos ejemplos destacados por Alfonso Reyes, y antes que él por don Marcelino Menéndez Pelayo.¹⁸ Descartes, nos lo han hecho notar Walter Redmond y Mauricio Beuchot, estudiaba la lógica en un manual escrito en la ciudad de México, que era de los más adelantados de su

¹⁶ Cfr. Schaub, *op. cit.*, p. 29.

¹⁷ Cfr. Jean-Pierre Claris de Florian, *Euvres*, tomo III, *Nouvelles*, París, Briand, 1824, p. 85. Citado por Schaub en *op. cit.*, p. 110.

¹⁸ Cfr. Reyes, Alfonso, *Obras completas* VI, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, pp. 413-423, “Ruiz de Alarcón y el teatro francés”.

tiempo.¹⁹ Y con el Padre de la Modernidad la Europa entera, lo mismo en el mundo protestante que en el católico, nos recuerdan ahora Charles H. Lohr y Denis Kambouchner, se ponía a la escuela de la revolución filosófica operada por las *Disputas metafísicas* de Francisco Suárez.²⁰

Antonio de Guevara, Juan de Mariana y Diego de Saavedra Fajardo fueron objeto de la mayor atención por parte de los pensadores políticos del reino de Francia, el cual había tomado de España, en el siglo XVI, por dar un significativo ejemplo, la figura de los secretarios de Estado.²¹ El propio cardenal Richelieu, el arquitecto del Estado absolutista francés y por ende, se dice, del Estado moderno, es un atento estudioso de la cultura, y de la política española. “El conocimiento profundo que Richelieu tenía de la cultura española, en los dominios de la teología, de la política e incluso del arte dramático —observa Schaub—, se manifiestan en la composición de su biblioteca”.²² El mismísimo Rey Sol —hijo de una reina española, y esposo de otra, además de abuelo de Felipe V de Borbón, el primer rey francés de España— es, para muchos, por el estilo de su política más que por sus vínculos familiares, un “rey español”.

Pero precisamente a partir de Richelieu (o de Luis XIII) y de Luis XIV, y a partir de Molière y de Racine, desde luego, pero ante todo a partir de Descartes, el Gran Siglo francés acabará por eclipsar al Siglo de Oro español, antes de que el mundo anglosajón, y el germánico, eclipsen por su parte, en nuestro siglo y nuestros días, aún, a la cultura francesa.

Después, entonces, de ese pasado olvidado al que convenía que hiciéramos esta harto rápida revista, vino la larga noche de esa leyenda negra urdida con unas harto reiteradas calumnias ajenas (inglesas, francesas, alemanas...), y con nuestra propia y muy pasiva y muy estéril fragmentación, y dispersión, y amnesia.²³ Carducci, se lamentaba Unamuno, acostumbrado ya a la evidencia de esa leyenda tan negra, y tan contumaz, no

¹⁹ Cfr. Redmond, Walter y Mauricio Beuchot, *La lógica mexicana en el siglo de oro*, UNAM, México, 1985, pp. 241 y ss. Y también el tomo III de las *Euvres complètes de Descartes*, en la edición canónica de Adam y Tannery, Librairie Philosophique Jules Vrin, París, 1996, p. 185.

²⁰ Cfr. Denis Kambouchner, *Les Méditations métaphysiques de Descartes I*, PUF, París, 2005, p. 20; y también mi libro *Vindicación del cartesianismo radical*, Anthropos, Barcelona, 2010, p. 335.

²¹ Cfr. Schaub, *op. cit.*, p. 118.

²² Cfr. *op. cit.*, p. 117.

²³ Cfr. Julián Marías, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 199 y ss.

caía en la cuenta del contrasentido que expresaba al anotar que “hasta España, que jamás tuvo hegemonía de pensamiento, tuvo su Cervantes”.²⁴

Los *philosophes*, acérrimos rivales de nuestros jesuitas, lo fueron también, en general, de nuestras letras y de nuestra cultura. Ya hemos visto que Voltaire, el autor de *El siglo de Luis XIV*, le regateaba la mayor de sus glorias al manco de Lepanto.

Los españoles —escribe en un *Ensayo sobre la historia general y sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*— tuvieron una notable superioridad con respecto a los otros pueblos; su lengua se hablaba en París, en Viena, en Milán, en Turín; sus modas, su manera de pensar y de escribir, subyugaron los espíritus de los italianos, y desde Carlos V hasta el comienzo del reinado de Felipe III España tuvo una consideración que los demás pueblos no tenían en absoluto.²⁵

Y en el siguiente tomo de ese extenso ensayo regresa al asunto, dándole el viraje en el que, privándonos de filosofía, asesta el ahora ya más que inveterado prejuicio:

Los Españoles —insiste Voltaire—, desde el tiempo de Felipe II hasta Felipe IV, se hicieron notar en las artes de genio. Su teatro, todo lo imperfecto que era, aventajaba al de las otras naciones; él servía de modelo al de Inglaterra; y cuando en seguida la tragedia comenzó a aparecer en Francia con algún brillo, ésta tomó muchos préstamos de la escena española. La historia, las novelas agradables, las ficciones ingeniosas, la moral, fueron tratadas en España con un éxito que rebasó con mucho al del teatro; *pero la sana filosofía siempre fue ignorada ahí*.²⁶

Las cursivas son evidentemente nuestras.

Las Españas francesas

El hecho mismo de que el día de hoy, lo que en rigor debiera llamarse “Hispanoamérica”, o “Iberoamérica” si los lusoamericanos entrasen en la cuenta, se llame “Latinoamérica” (y ello sin que los quebequeses, y los

²⁴ Cfr. Unamuno, Miguel de, *Obras selectas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1986, p. 469.

²⁵ Cfr. Voltaire, *Essay sur l'histoire générale et sur les mœurs et l'esprit des nations, depuis Charlemagne jusqu'à nos jours*, Genève, Cramer, 1756, vol. III, p. 325; citado por Schaub en *op. cit.*, pp. 110-111.

²⁶ Cfr. Voltaire, *op. cit.*, tomo IV, pp. 117-118; citado por Schaub en *op. cit.*, p. 111.

franceses “de ultramar” se den por aludidos), es un resabio del viraje que en los siglos XVIII y XIX logró imponerle Francia a nuestro mundo todo. En cierto modo, cabría en efecto decir que Latinoamérica es la hijastra de la España francesa —la de los borbones, que por eso mismo le desagradaban tanto a don Marcelino Menéndez Pelayo—,²⁷ y sobre todo la hija de los dos Napoleones. De Napoleón Bonaparte, que descabezó al imperio, y de Napoleón III, que intervino en México y que antes de hacerlo con las armas, como suele suceder en estos casos, lo hizo justamente con la ideología, ofreciéndonos, o preparándonos al menos esa desfasada imagen de nosotros mismos con la que el día de hoy estamos todos —o casi todos— tan empeñados, y al parecer tan contentos.

La primera aparición del término [Amérique Latine] —escribe el historiador estadounidense John L. Phelan— ocurrió en 1861 [en la *Revue des Races Latines*]. En ese año —agrega— la expedición mexicana comenzó.²⁸

Pero el combate ideológico —o combate de expresiones, y de ideas— desde luego viene de mucho más atrás. En su *Facundo*, de 1845 (publicado por entregas en el periódico *El Progreso*, de Santiago de Chile), el argentino Domingo Faustino Sarmiento deploraba a la atrasada España, “esa rezagada de la Europa” que era para él, como para los *philosophes*, la representante de la Inquisición y del absolutismo, y daba por descontado que nuestras independencias eran el resultado, justamente, de las novísimas ideas francesas.²⁹

Es inútil detenerse en el carácter, objeto y fin de la Revolución de la Independencia —escribía—. En toda la América fueron los mismos, nacidos del mismo origen, a saber: el movimiento de las ideas europeas. La América obraba así porque así obraban todos los pueblos. Los libros, los acontecimientos, todo llevaba a la América a asociarse a la impulsión que a la Francia habían dado Norteamérica y sus propios escritores, a la España, la Francia y sus libros.³⁰

²⁷ Cfr. Menéndez Pelayo, Marcelino, *La historia de España* (antología preparada por Jorge Vigón), Madrid, Ciudadela, 2007, pp. 191 y ss.

²⁸ Cfr. Phelan, John L., “El origen de la idea de Latinoamérica”, en Leopodo Zea (compilador), *Fuentes de la cultura latinoamericana* 1, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pp. 661-475; la cita es de la p. 473.

²⁹ Cfr. Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, edición de Roberto Yahni, Cátedra, Madrid, 1990, p. 41.

³⁰ Cfr. *op. cit.*, p. 107.

Sarmiento se había hecho su propia cultura (en autodidacta, que era justo la manera que acordaba todas las ventajas a esos nuevos sofistas que se hacían llamar los *philosophes*) leyendo “las principales obras del siglo XVIII” reunidas en las bibliotecas particulares de su San Juan, y veía entonces el mundo, ya, y el pasado inmediato de nuestra América, con antiparras yanquis, y sobre todo francesas. Y desde luego no era el único.³¹

Lo mismo les pasaba a todos esos intelectuales hispanoamericanos a los que Leopoldo Zea les da el nombre de “civilizadores” (José María Luis Mora, Francisco Bilbao, Justo Sierra...), colocándolos, en nuestra historia, en el momento inmediatamente posterior al de nuestros “libertadores”, el más célebre de los cuales hacía justamente de puente.

El mismo Bolívar —escribe Zea— pediría la total ruptura con un orden político, social y cultural, dentro del cual los americanos sólo podían tener el papel de ciervos.³²

Si Unamuno, por cierto, tuvo después la inteligencia y la grandeza de ver en las acciones de Bolívar las de un genuino vástago de la estirpe española,³³ el propio Bolívar —que era lector de Homero, además de lector de los ilustrados franceses— no tuvo ni la inteligencia ni la grandeza de ánimo de reconocer, al enumerar, en su “Mensaje al Congreso de Angostura” del 15 de febrero de 1819, las grandezas de los pueblos antiguos y de los modernos, la de la propia España —la “España de la gran aventura que descifró los mares, que redujo crueles imperios, y que prosigue aquí...” —, que dirá más tarde el argentino universal Jorge Luis Borges.³⁴

Y pasando de los tiempos antiguos a los modernos —escribe Bolívar (dejándonos ver en el galicismo de los artículos definidos, como Sarmiento, cuáles eran sus principales lecturas), después de Atenas, Esparta, y Roma— encontraremos —dice— la Inglaterra y la Francia, llamando la atención de todas las naciones, y dándoles lecciones elocuentes de todas especies en materias de Gobierno.³⁵

³¹ Cfr. *op. cit.*, p. 121.

³² Cfr. Zea, Leopoldo, “América Latina: largo viaje hacia sí misma”, en Leopoldo Zea (compilador), *op. cit.*, pp. 287-298; la cita es de la p. 294.

³³ Cfr. Unamuno, *op. cit.*, pp. 903-908: “Don Quijote y Bolívar”.

³⁴ Cfr. el poema “España”, en *El otro, el mismo*, en el volumen II de las *Obras completas* de Borges, Emecé, Barcelona, 1989, p. 309.

³⁵ Cfr. Bolívar, Simón, *Obra política y constitucional*, Madrid, Tecnos 2007, p. 80.

A España, entonces, a esa don quijotesca madre patria que, enemiga de nuestros harto heroicos libertadores de entonces, se empeñaba en conservar la unidad de su mundo y sus dominios, según subrayaba el propio Bolívar, “sin marina, sin tesoro y casi sin soldados”,³⁶ no sólo era cuestión entonces de vencerla con las armas. Había que borrarla del mapa, y de la historia, y de la memoria de esas nuevas españas más o menos francesas que, creyendo incluso que imitaban a las colonias inglesas que, dispersas, se habían unido, unidas ellas antes, se dispersaban, y se esmeraban en romper con su pasado y con su hermana mayor, como no lo habían hecho por su parte tampoco esos Estados Unidos que supuestamente les servían entonces de inspiración, y de modelo.

No se necesitaba mucha penetración —comenta Vasconcelos— para comprender que la Independencia, en las condiciones en que se produjo, cuando aún no concluía el largo duelo de ingleses y españoles, de latinos y anglosajones, tenía que dejar a México a merced de los Estados Unidos. A la América del Sur a merced de Inglaterra.³⁷

Y desprovistos por lo pronto, los partidarios de las nuevas, de las antiguas ideas; privados de memoria y de autoconciencia, se tragaron desde luego —y nos hicieron tragar— la idea de que nuestro mundo era el heroico hijo de las libertadoras ideas ilustradas. Y hasta del cura Hidalgo y de Morelos, y no sólo de Bolívar, hicieron nuestros pensadores liberales unos encendidos discípulos de las ideas francesas.

Hundidos como estábamos, entonces, en esas “tinieblas españolas” que habían llevado a nuestra Sor Juana a volverse un escritor del Siglo de Oro, y a Juan Luis Maneiro a poner, a las alturas de Roma, “capital del mundo”, a su pueblo de Tacuba,³⁸ o a Juan de Viera a exaltar, como a la mayor ciudad de orbe, a la ciudad de México,³⁹ los libros franceses nos habrían venido entonces a “liberar”, abriéndonos al fin las mentes y los ojos.

³⁶ *Cfr. op. cit.*, p. 9.

³⁷ *Cfr. Vasconcelos, José, Breve historia de México*, Compañía Editorial Continental, México, 1956, p. 236.

³⁸ *Cfr. Vázquez, Josefina Zoraida, “De la crisis monárquica a la Independencia (1808-1821)”*, en *idem* (coordinadora), *Interpretaciones sobre la Independencia de México*, México, Patria, 1997, pp. 9-32; la cita es de la p. 11.

³⁹ *Cfr. Manrique, Jorge Alberto, “Del barroco a la Ilustración”*, en VV. AA., *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 2000, pp. 431-488; la cita es de la p. 485.

Lo que no se entiende entonces es cómo, siendo nuestras ya bicentenarias repúblicas las hijas de aquellas ideas, todavía quepa echar de menos, entre nosotros, el cumplimiento de los más elementales de los ideales de la Ilustración: como por ejemplo el de la cultura de la libre crítica, y de la libre y civilizada discusión.

Y tampoco se entiende el que esa tremenda crisis que en nuestros propios días padece la entera civilización ilustrada a nosotros nos tenga, en tanto que cultura o colectividad, tan sin cuidado.

La ilustración autóctona y las obscuras Lumières

La tesis que se impone es la de que en efecto, en lo que a la diosa Historia y sus distintos avatares se refiere (Razón, Espíritu, Sujeto...), como ya pontificaba el sumo sacerdote Hegel declarándonos por cierto inferiores —por católicos, y por mestizos, y sobre todo por indios—, a los europeos del norte, desde luego, pero también a nuestros vecinos del norte de nuestro propio continente (que ellos sí, algún día estaban llamados a entrar en la Historia), estos que como apuntaba Alfonso Reyes, veíamos ya, llegamos siempre tarde “al banquete de la civilización europea”, nosotros simplemente nos hallamos fuera de todo eso y nuestras españas, en realidad —nuestros “cachorros sueltos de león español” que diría el poeta—, de franceses sólo han tenido una muy superficial apariencia.

Entre los varios escritos que se han publicado contra la revolución del cura Hidalgo —escribía don Lucas Alamán en 1849—, hay algunos en que se atribuye ésta a influjo francés [...] Mil causas más poderosas que el influjo extranjero contribuían a excitar la revolución —objeta—, y no hay necesidad de éste cuando aquellas están a la vista.⁴⁰

Y lo que Alamán observa de las causas propias —el descontento por la política de los borbones, digamos, pero sobre todo la decapitación del imperio y la consecuente crisis de la soberanía— es desde luego válido también en lo que se refiere a las ideas.

Aunque el mito fundacional de la Revolución Francesa siga conservando su prestigio, y aunque en lo que a nuestras independencias se refiere, sigan siendo muchos los que piensan todavía como Sarmiento, o los que admitiendo incluso la importancia de las ideas autóctonas las colocan en segundo

⁴⁰ Cfr. Lucas Alamán, *Historia de México*, Herreras, México, 1938, pp. 318-319.

término (Alain Guy por ejemplo),⁴¹ algunos historiadores, y con ellos los historiadores de las ideas en particular, reconocen hoy que el peso decisivo está más bien del otro lado.

En su *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, por ejemplo, Carlos Beorlegui observa que “en los años anteriores al desencadenamiento de la lucha por la independencia, las ideas de libertad y de abatir poderes absolutos eran un patrimonio teórico común entre las élites culturales”, y que si “ello era debido al influjo de la Revolución francesa y de la norteamericana”, también lo era a causa de “la influencia de los teólogos clásicos españoles del siglo XVI, con sus teorías democratizadoras del poder”.⁴² Las ideas provenientes de las recientes revoluciones, admite Beorlegui, eran “más impulsivas”, pero sin duda las ideas de la propia tradición eran las más profundas, y las más compartidas.

Luis Villoro subraya por su parte el hecho de que, al menos en la Nueva España, “los letrados criollos rechazan expresamente las ideas de la Ilustración francesa y acuden, al contrario, a Suárez y a los iusnaturalistas cuyo pensamiento se adecua a una línea tradicional democrática, que oponía al absolutismo de los reyes los derechos de una nación organizada en estamentos”,⁴³ y encuentran en la propia tradición jurídica española, incluso, los argumentos para convocar a una junta, como en la Península, en la ausencia del soberano.

Muchos autores subrayan el hecho de que nuestro mundo estaba gestando, en cierto modo, su propia “Ilustración”, abriéndose por fin, principalmente en los colegios de jesuitas, pero también en los de los oratorianos, a la filosofía y a la ciencia modernas. Pensadores como los jesuitas Diego José Abad, Francisco Javier Alegre y Francisco Javier Clavijero, o como el oratoriano Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, se subraya, discutían a Descartes, a Gassendi, a Torricelli, a Boyle... y si por lo general permanecían fieles a su propia tradición filosófica lo hacían abriéndose a las nuevas ideas, actualizando de esa manera el vigor, y el alcance y la vigencia de las propias.

⁴¹ Cfr. Guy, Alain, *Panorama de la philosophie ibéro-américaine*, Ediciones Patiño, Ginebra, 1989, p. 30.

⁴² Cfr. Beorlegui, Carlos, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, Publicaciones de la Universidad de Deusto, Bilbao, 2006, p. 187.

⁴³ Cfr. Villoro, Luis, “La revolución de Independencia”, en VV. AA., *Historia general de México*, ed. cit., pp. 489-523; la cita es de la p. 500.

Los jesuitas —escribe Francisco Larroyo—, tradicionales enemigos de Descartes en Europa, rectifican en medio siglo su juicio. En la Nueva España, los jesuitas, representantes seculares de la tradición filosófica —y científica— crean las condiciones de la mudanza intelectual a favor del modernismo.⁴⁴

Lo que pasa es que el legado del genial discípulo de los jesuitas de la *Flèche*, que se encontraba entre dos, ahora se encuentra entre tres fuegos. En un primer momento, los jesuitas le dan la espalda a Clerselier y a los otros cartesianos porque en su disputa con los jansenistas juzgan que Descartes, de quien como se sabe Arnauld recupera mucho en la *Lógica de Port Royal*, se encuentra demasiado cerca de sus “enemigos”. Más tarde es la propia bandera de la Ilustración —Voltaire en heraldo de Locke y de Newton— la que los hará cambiar de opinión y caer en la cuenta de que, frente a las agresivas ideas mecanicistas venidas de Inglaterra, en Descartes tienen a un aliado invaluable para llevar a cabo la defensa del espíritu.⁴⁵

Con un primer ensayo en Lisboa, y con el último asalto preparado para Madrid, y para Roma, la batalla decisiva se está llevando a cabo en París. Los jansenistas tienen el congreso, y los jesuitas resisten, apenas, en la corte de Luis XV, en donde el ministro Choiseul cuenta con la venenosísima complicidad de la Pompadour, a la que no le ha gustado nada lo que con respecto a su situación le ha dicho un confesor jesuita. Los harto progresistas *philosophes* —el enciclopedista D’Alembert el primero—, no tendrán ningún empacho en aliarse con los reaccionarios jansenistas para dar a sus odiados rivales filosóficos el golpe mortal. Luis XV deja actuar, tibio, al Parlamento Jansenista. Voltaire apenas refunfuña. Y al fin se les expulsa del reino de Francia en el nombre del sacrosanto principio de la soberanía, precisamente.⁴⁶ Todo estaba listo para arrancarlos de todas las Españas, y de la Iglesia misma.

Así, si las *Lumières* francesas tuvieron un rol decisivo en nuestra historia de entonces, fue sobre todo a través de las obscuras intrigas que llevaron a Carlos III de Borbón, ese déspota ilustrado en cuya corte las novísimas ideas de sus avanzadísimos ministros —enemigos de las fiestas populares, de las capas, y de los sombreros— se acomodaban a su vez con el catoli-

⁴⁴ Cfr. Larroyo, Francisco, *La filosofía iberoamericana*, Porrúa, México, 1989, pp. 64-65. Citado por Carlos Beorlegui, en *op. cit.*, p. 149.

⁴⁵ Cfr. Azouvi, François, *Descartes et la France. Histoire d’une passion nationale*, Librairie Arthème Fayard, París, 2002, p. 85.

⁴⁶ Cfr. Lacouture, Jean, *Jésuites. Une multibiographie. 1. Les conquérants*, París, Seuil, 1991, pp. 557, 555, y 553.

cismo más convencional, a perseguir a los jesuitas de una manera tan brutal y tan tiránica que, de no haberse tratado de ellos, a Voltaire seguramente le habría encantado denunciarla.

Y todo ello, para mayor ironía, en el nombre de unos valores de los que los jesuitas eran precisamente el más alto baluarte en todo el imperio español, y en toda la cristiandad.

A ese “golpe mortífero para la cultura española”, comenta don Marcelino Menéndez Pelayo, a ese “atentado brutal y obscurantista contra el saber y contra las letras humanas”,⁴⁷ es a lo que en realidad se debe el famoso atraso de nuestra cultura.

Mauricio Beuchot destaca, por su parte, el debate que el jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero, exiliado en Italia por obra y gracia de los buenos oficios de los filósofos ilustrados —y de quien observa que se cree que don Miguel Hidalgo pudo asistir, adolescente, a las clases que dio en la Valladolid novohispana, antes de la expulsión—, se tomó la molestia de sostener, en su *Historia antigua de México*, contra las ideas asaz groseramente racistas del ilustrado alemán Cornelius Pauw.⁴⁸

Las cuales ideas, como sabemos, influyeron fuertemente en Hegel, quien desde luego no se tomó la molestia de leer a Clavijero —un harto menospreciado autor mexicano y católico—, y cuyo historicismo inspirará luego, harto paradójicamente, las reivindicaciones identitarias de los más de los defensores de la “especificidad” de nuestra *propia* filosofía “latinoamericana”.⁴⁹

⁴⁷ Cfr. Menéndez Pelayo, Marcelino, *op. cit.*, p. 215.

⁴⁸ Cfr. Beuchot, Mauricio, *Historia de la filosofía en el México colonial*, Herder, Barcelona, 1996, p. 234.

⁴⁹ Cfr. mi “Epílogo del traductor”, en Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, *El mito nazi*, Barcelona, Anthropos, pp. 55-91; en especial la p. 64.

